

De la nación vasca

MANUEL MONTERO

Excepto a los implicados, no apasionan los dimes y diretes sobre si nación, nacionalidad o región —parece más importante llegar a una autonomía eficaz, sin que esté *per se* abocada a enfrentarse al Estado—, pero hay una razón para alegrarse de que una buena mayoría haya acordado la denominación “nación” para Cataluña en su Estatuto. Cabe felicitarse de que en algo haya consenso, con la lamentable ausencia del PP, ocupado en menesteres electoralistas.

No sucederá así en el País Vasco, donde el concepto de nación es bien diferente al que funciona en Cataluña. Cabe suponer que, tras el fracaso del *plan Ibarretxe* —desde las elecciones autonómicas nadie quiere ni mentarlo—, tarde o temprano se emprenderá la reforma del Estatuto de Gernika, que, sin dramatizar, necesita algún retoque. Pues bien: llegado el caso resulta improbable que se defina al País Vasco como “nación”. Este vaticinio no se debe a la suposición de que los partidos no nacionalistas se opondrán al término. Sino a las reticencias nacionalistas al nombre “nación”. Por sorprendente que parezca, el nacionalismo vasco casi nunca habla de la nación vasca, idea que sustituye por el concepto prepolítico de “pueblo vasco”, algo bien distinto.

Su rechazo a definir al País Vasco como nación se debe a dos razones. Primero: equivaldría, en su concepto, a que se suponga que Navarra o el País Vasco francés no forman parte de tal nación vasca, algo que ni por asomo admitiría, incluso aunque las posibilidades de que en Navarra o en *Euskadi continental* surja un triunfal movimiento reivindicativo de su nacionalidad vasca resulten pura fantasía. El principio de realidad está reñido con el irredentismo, esencial en la ideología nacionalista vasca.

Pero la razón básica por la que el nacionalismo no defenderá la definición del País Vasco como nación es la siguiente. El nacionalismo vasco no cree (ni quiere) que el País Vasco sea una nación. Entiéndase: el nacionalismo vasco sí sostiene que existe una nación vasca. Tal creencia es una de sus razo-

nes de ser. Pero discrepa de la idea de que lo sea el País Vasco tal y como lo entendemos en lenguaje común, en el sentido que se emplea Cataluña al definirla como nación. No cree que los ciudadanos vascos, los que hoy habitan el País Vasco, sean una nación. Negar esta eventualidad es otra razón de ser del nacionalismo vasco.

El nacionalismo vasco cree que no todos los habitantes del País Vasco son vascos. Lo decía el Euzkadi Buru Batzar del PNV de 1988, en declaración confirmada por los 17 años transcurridos. “En Euzkadi vivimos vascos y no vascos (...). De ahí que coexistan en nuestro pueblo, en difícil y a veces crispada convivencia, un nacionalismo vasco y otro español”. El convencimiento de que existe en el País Vasco tal antagonismo, y que esto es la esencia de la política vasca,

es consustancial al nacionalismo: es otra de sus razones de ser. ¿Quiénes son vascos para los nacionalistas? Los que cumplen determinados requisitos. “Vasco es aquel que, nacido o no aquí, se identifica con la forma de ser y con la idiosincrasia de este pueblo y opta expresa o tácitamente por él”. En otras palabras, son vascos quienes se identifican con el Pueblo Vasco tal y como lo concibe el nacionalismo. No lo son quienes no se ajustan a tales supuestos. De esta forma, la nación es ese “Pueblo Vasco” cuya identidad define el nacionalismo. Se dirá que de esta manera se concluye que la nación vasca la componen aquellos vascos que son nacionalistas, esto es, los que se identifican con su idea de Pueblo Vasco. Pues sí: eso es lo que hay. Su nación no la forman los ciudadanos vascos, sino los vascos nacionalistas.

El nacionalismo suele emplear el término “ciudadanos vascos” como algo diferente a “vascos”. Algún analista entiende que el nacionalismo llama de esta forma a los habitantes del País Vasco que no son vascos para el nacionalismo. No es exactamente así. “Ciudadanos vascos”, en el concepto de los nacionalistas —que en estas cosas hilan muy fino— son los vascos (esto es, los nacionalistas) y “los residentes” en el País Vasco que desde su punto de vista no son vascos (es decir, los no nacionalistas).

El galimatías resulta básico en la construcción mental del nacionalismo. Alienta al fenecido *plan Ibarretxe*, que en ningún momento emplea el término nación, contra lo que cabría esperar de un texto furibundamente nacionalista. Véanse las tres afirmaciones de su preámbulo, sus “tres pilares”: “El Pueblo Vasco o Euskal Herria

es un Pueblo con identidad propia”; “El Pueblo Vasco tiene derecho a decidir su propio futuro”; “El ejercicio del derecho del Pueblo Vasco a decidir su propio futuro se materializa desde el respeto al derecho que tienen los ciudadanos y ciudadanas de los diferentes ámbitos jurídico-políticos en los que actualmente se articula a ser consultados para decidir su propio futuro”.

Pese a la claridad expositiva que, en el fondo, tienen estas tres consideraciones, llenas de matices nacionalistas, propició algunas lecturas erróneas. En general, se interpretó que el plan afirma que el País Vasco, esto es, el conjunto de la sociedad vasca, en el ejercicio de su voluntad nacional, tiene derecho a la autodeterminación, que se concretaría en la libre asociación “con el Estado Español”.

Esta interpretación es errónea. El plan no habla del País Vasco como una nación sujeto de derechos. Aparecen, solapados, dos sujetos políticos. De un lado, “el Pueblo Vasco” que “tiene derecho a decidir su propio futuro”. De otro, “los ciudadanos y ciudadanas de los diferentes ámbitos jurídico-políticos”. Su derecho es “a ser consultados para decidir su propio futuro”. No es diferencia de matiz, ni seguramente casual. El derecho a decidir es del “Pueblo Vasco”; los “ciudadanos vascos” tienen derecho a que se les consulte...

En otras palabras: se está hablando de dos cuestiones diferentes. De un lado, el pleno derecho de un Pueblo Vasco del que se afirma su identidad. Después, de “los ciudadanos y ciudadanas de los diferentes ámbitos jurídico-políticos” a los que no se califica como vascos, ni como integrantes del Pueblo Vasco. Son el marco —y por tanto algo conceptualmente distinto— en el que “se materializa” “el derecho del Pueblo Vasco”.

De esta división mental entre vascos y no vascos y de esta renuncia a una idea de nación de ciudadanos vascos se deduce, por ejemplo, que si existiese un referéndum en torno a la independencia, y el resultado fuese negativo, tal re-

Pasa a la **página siguiente**

MÁXIMO



CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es. Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.es

Ciencia, no ideología

Las opiniones expresadas por el profesor Aquilino Polaino sobre la homosexualidad en la Comisión de Justicia del Senado no sólo son lesivas para el colectivo homosexual, sino para los propios psicólogos, cuya imagen y presti-

gio social pueden verse seriamente comprometidos si se les identifica con actitudes tan retrógradas y anticientíficas.

La ciencia empírica, no la ideología, ha echado por tierra todas y cada una de las afirmaciones del profesor Polaino acerca de la homosexualidad. Sorprende que quien se dice especialista en el tema desconozca la abundante información existente acerca del mismo. La relación de la homosexualidad con un patrón concreto de relaciones familiares, la teoría del “contagio” implícita en sus opiniones acerca de los peligros de la adopción por parte de familias homosexuales, así como la mayor propensión de los homosexuales a diversas patologías psicológicas o la supuesta “curación” de las tendencias homosexuales por no se sabe bien qué métodos, no tienen ningún fundamento empírico y son radicalmente contradichos por la investigación empírica y la práctica clínica.

Mantener opiniones como las que expresa el profesor Polaino

al amparo de su supuesto carácter científico es un triste servicio al prestigio de la psicología y no hace más que reforzar la ignorancia y fomentar los prejuicios y la homofobia. La psicología, como las demás ciencias, trata de descubrir la verdad, no de inventarla.— **Luis Aguado Aguilar**. Catedrático de Psicología. Universidad Complutense de Madrid.

Aclaración

Observo con sorpresa que en un artículo que publican ustedes en la sección de Sociedad, el domingo 19 de junio, y que lleva por título *Obispos y altos cargos del PP arropan la manifestación contra las bodas gays*, incluyen al señor obispo de Málaga, don Antonio Dorado Soto, entre los obispos que asistieron a la manifestación que hubo en Madrid a favor de la familia y convocada por el Foro de la Familia. Se trata de una afirmación falsa, pues, como puede comprobar cualquiera de sus colaboradores

en Málaga que se ocupe de las cuestiones locales, a esa misma hora don Antonio Dorado Soto estaba presidiendo la eucaristía en la santa iglesia catedral, como aparece en varios periódicos locales.— **Juan Antonio Paredes**. Delegado de Medios de Comunicación del Obispado de Málaga.

Bulgaria paga las consecuencias

Tras el rechazo de la Constitución europea por Francia y Holanda, Bulgaria y Rumania ven su adhesión a la Unión en peligro. De repente, a unos días de las elecciones que se van a celebrar en Bulgaria el 25 de junio, Bruselas está cada vez más lejos de Sofía. Pero los políticos búlgaros no tienen prisa en decir la verdad a los votantes, por miedo a que los ciudadanos no van a entender cómo es posible que, a pesar de todos los esfuerzos que están haciendo por lograr la integración, ésta puede fracasar.

El pueblo búlgaro en general

no sabe que la UE está entrando en una importante crisis política y financiera, que ahora mismo la Europa de los Veinticinco está lejos de estar “unida”.

Pero ¿quién va a decir esto a los votantes cuando los lemas de los candidatos son como éste: “Por una Bulgaria fuerte en una Europa unida” y cuando la voluntad de los búlgaros a formar parte de Europa ha sido la fuerza motriz del crecimiento económico del país en los últimos años?

Pero a pesar del silencio informativo, los búlgaros presienten que cada día están más lejos de su meta. Notan que su Gobierno no les ha preparado para seguir luchando con los obstáculos que se encuentran por el camino hacia la puerta de Europa, que ahora está semiabierta y que puede cerrarse en las narices del pueblo búlgaro, no por algo que el país haya hecho mal, sino por pagar las consecuencias de decisiones autónomas como las de Francia y Holanda.

A mí, como búlgara, me parece

Pasa a la **página siguiente**